

WILLIAM C. ATKINSON

## La Universidad en el Mundo de la Post-guerra

“No hay mal que por bien no venga”. A la destrucción causada por la guerra y a la corrupción de los valores morales que ésta siempre acarrea consigo, siempre felizmente hay algo positivo que oponer, aun cuando no fuera más que el tremendo incentivo a la investigación científica que igualmente la suele acompañar. Y producto no menos inevitable de la guerra es siempre la oportunidad, o más bien la demanda imperiosa, de una nueva y vigorosa valorización de ciertas cuestiones fundamentales acerca de la naturaleza del hombre y de la sociedad y de las finalidades de la vida. El espíritu conservador se obstina en considerar una época de agitación mundial como precisamente la menos a propósito para la realización de cambios de grande alcance. Pero tal actitud no es nada realista. Los cambios se imponen a raíz de tal agitación independientemente de si son o no de nuestro agrado, y lo que interesa es saber solamente si los hemos de controlar o dejar que ellos nos controlen a nosotros. Y a mí me parece que en balde es ganar una guerra si los vencedores de ella no salen al encuentro de dicha demanda, aceptando el desafío intelectual en ella implícito.

Ahora bien, las universidades tienen aquí un interés muy especial. Gozan de grandes privilegios y tienen que cargar con responsabilidades no menores en el terreno de lo intelectual. En ninguna parte como en la universidad se encuentra reunido tamaño caudal de conocimientos a la vez especializados y diversificados. La universidad moderna no reconoce límites al saber. Todo cuanto el hombre ha sido,

todo cuanto ha hecho, todo cuanto ha pensado tiene cabida en su campo de observación, y es a base del estudio de lo mismo que se dedica a indagar no menos las potencialidades del hombre para ser, actuar y pensar en el futuro. Y no sólo dispone de los conocimientos precisos. La universidad se preocupa también de crear el ambiente ideal para que el estudioso los aproveche, así en el sentido de sacar las lecciones que nos brindan como en el de extender sus fronteras. En ella, y sólo en ella en las condiciones de hoy, es donde disponemos del ocio para meditar, del espíritu despreocupado, del estímulo a la vez que de la oportunidad de cultivar la actitud filosófica del que busca desinteresadamente la verdad.

Y la consiguiente responsabilidad de la universidad se ve realizada por el hecho de que, siendo el foco natural de los estudios superiores, es de su incumbencia la preparación de la vasta mayoría de aquellos que han de ocupar luego los cargos más eminentes en la vida de la nación, tanto en el gobierno como en la administración, en las profesiones, en la industria y hasta en las bellas artes. De donde se infiere que allí donde una nación es bien servida por sus hombres públicos, una parte por lo menos del crédito les toca a las universidades que los formaron, así dotándolos de los conocimientos necesarios como inspirándoles los ideales que pide el caso. Y allí donde una nación no es bien servida por sus hombres públicos, cuando los intereses de la nación andan mal, la universidad debía ser la primera en preguntarse de quién es la culpa y cuál su naturaleza. En la hora actual todos tenemos muchas preguntas así que formularnos, y ésta por encima de todas: "¿De qué mal es que adolece nuestra civilización, ya que dos veces en espacio de una generación ha amenazado con suicidarse?" Y al hacernos tales preguntas acerca del pasado inmediato, somos llevados en seguida a hacernos otras respecto al futuro inmediato. Sobre las ruinas del mundo de ayer todos queremos construir un mundo mejor para mañana. De la sobrevivencia de la civilización —y ¡cuán cerca estuvo de perecer!— precisamos angustiosamente aprender cómo hemos de conjurar de aquí en adelante toda posibilidad de repetirse tal amenaza. Nos vemos cercados de problemas de los más graves, el porvenir de las relaciones internacionales, el porvenir del comercio mundial, el porvenir de las colonias, el porvenir de los sistemas y doctrinas políticas y sociales. Las universidades tienen que hacer su contribución especial para la solución de todos éstos, directamente, facilitando los conocimientos y formulando las doctrinas, e indirectamente, con la formación de peritos y especialistas para

la realización de las mismas. Y es precisamente en concepto del papel vital que así habrá de desempeñar la universidad en relación con casi todos los problemas del porvenir que viene a revestir tan tremenda importancia el problema del porvenir de las mismas universidades.

En cuanto a Europa —y huelga decir que si hablo aquí de problemas y condiciones de actualidad es a Europa en primer lugar que me refiero— es forzoso relacionar el futuro al pasado inmediato. Antes de ponernos a edificar, o a reedificar, debemos escudriñar bien los cimientos. La guerra desde este punto de vista se pude resumir en muy pocas palabras. Bombardeos, muchos edificios y bibliotecas universitarias destruidos, evacuación con la consiguiente dislocación de estudios, movilización casi en masa de los estudiantes de ambos sexos, y que alcanzó también a elementos numerosos del profesorado. En las implicaciones de estos hechos sencillos se concretan los problemas más inmediatos de los que pesan sobre las universidades en gran parte de la Europa de la post-guerra. El personal docente, en primer lugar, se ha visto grandemente enflaquecido. Muchos de los que prestaron sus servicios al esfuerzo nacional durante la guerra no han vuelto todavía, y los que sí, han perdido irremisiblemente largos años decorridos lejos de la enseñanza, de la lectura y de la investigación. Y otro aspecto de aún mayor gravedad es éste, que durante los últimos siete años las universidades no han venido produciendo y preparando a los especialistas en las diversas disciplinas que habían de ser los catedráticos de mañana. Como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de mi universidad de Glasgow —la facultad más concurrida de la universidad más grande de Escocia— yo he tenido mucho que hacer en estos últimos tiempos con los nombramientos para puestos vacantes entre el cuerpo docente, y en todas las esferas y en todos los niveles la historia es la misma: los hombres destacados, los verdaderos valores, apenas sí se encuentran. Y pasa esto en un campo en donde no sólo es difícil sino peligrosa la improvisación. Y escaseando así los profesores, durante varios años todavía tendrán que contar con un número de alumnos muchísimo mayor que nunca. Durante siete años son millares y millares los jóvenes que no han conseguido acudir a la universidad. Ahora, de repente, en un período de meses, cuéntanse por millones los hombres y mujeres desmovilizados; y de entre los mejores, aquellos que no sólo buscan colocación sino que quieren prepararse para desempeñar un papel responsable en este mundo tan difícil de la post-guerra, son numerosísimos los que en este momento están volviendo los ojos y encaminando los pies hacia la universidad.

El problema del estudiante, claro, es algo más que un mero problema de números. Es un problema, primero, de readaptación, y luego de la satisfacción de urgentes necesidades nacionales. Unos, habiendo empezado ya la carrera, la vieron interrumpida bruscamente por el llamamiento a las filas. Otros no habían podido ni empezar. Otros aún —y son quizá la categoría más interesante— han vuelto de la guerra presos por primera vez del prurito de estudiar y de ensanchar sus horizontes intelectuales. Todos tendrán sin embargo dos cosas en común. Serán en primer lugar mucho más maduros, más ricos de experiencia vital, que no los muchachos recién salidos del liceo, más exigentes por lo tanto en cuanto a la estrecha vinculación que debe existir entre los estudios y la vida práctica. Desde este punto de vista el soldado que vuelve del frente constituye para el profesor un desafío y un estímulo que éste no podrá ni pasar por alto ni dejar de aprovechar. Y en segundo lugar, habiendo perdido tantos años de los mejores de su vida, les urge el seguir adelante con su preparación profesional sin desperdiciar ni una sola hora más. Y es urgencia ésta que pesa no menos sobre la nación en conjunto, que precisa ahora, como jamás ha precisado en su historia, de un número máximo de hombres y mujeres formados intelectual y profesionalmente en un período mínimo de años y capaces de cargar con su cuota parte de responsabilidad en las grandes tareas de la reconstrucción. En el campo mismo de la educación, para mencionar sólo uno, Inglaterra carece en este momento del total formidable de 70.000 profesores y maestros nuevos, y en la preparación de éstos el papel de la universidad es fundamental. Y en cuanto a médicos para nuevos servicios de salud pública, a arquitectos e ingenieros para nuevos proyectos de obras públicas en escala gigantesca, a funcionarios públicos cada vez más especializados para servir una nueva burocracia del estado en constante expansión, en fin a peritos de toda clase, la demanda no es menor.

Hé aquí, pues, algunos de nuestros problemas universitarios interinos, nacidos de la guerra. Pero basta con un momento de reflexión para apreciar cuán inevitablemente pasan luego a fundirse con otros de naturaleza más permanente, problemas de alta política universitaria. Entre las tradiciones y características de las universidades británicas se ha destacado siempre su completa autonomía e independencia frente al estado. Y sin embargo el estado no puede desinteresarse del cumplimiento por la universidad de sus funciones. Puede, por ejemplo, que se contente ésta con enseñar a cuantos alumnos se le ofrezcan. Será responsabilidad del estado el preguntar si el total

así resultante es o no adecuado a las necesidades de la nación; y de hecho saltó a la vista con la experiencia de la guerra reciente que no lo era, y que se imponía un aumento de cincuenta por ciento por lo menos. Las universidades deben a todo costo volver por sus niveles intelectuales; pero, esto aparte, no pueden rehusar esta nueva responsabilidad. El estado por su parte no puede rehusar tampoco la responsabilidad de asegurarles a las universidades recursos adecuados a la tarea; y así llegamos a la cuestión financiera, que en estas materias suele mirarse, y con razón, como la piedra de toque de la independencia.

El mismo estudiante reconoce que las cantidades, por él vertidas en los cofres universitarios no costean sino una parte mínima de la instrucción que recibe. En tiempo pasados, en la Gran Bretaña, el déficit ha sido cubierto en donde el entusiasmo por la educación es una característica nacional, y dos en cada mil de sus habitantes pasan por la universidad —el doble exacto de la cifra correspondiente para Inglaterra—, los ciudadanos adinerados, siguiendo las huellas del célebre multi-millonario y “rey del acero” Andrew Carnegie, desde hace mucho tiempo vienen enriqueciendo a porfía sus cuatro universidades. En la mía, de Glasgow, han sido creados y dotados así, en espacio de veintiún años, nada menos de veintiún institutos —entre ellos el de estudios hispánicos que tengo el honor de regir—, es decir, veintiún nuevos ramos de estudio e investigación puestos a disposición del estudioso por la munificencia de los ciudadanos de Glasgow. Pero los tiempos de las grandes benefacciones particulares están pasando, por lo menos en la Gran Bretaña, por la razón sencilla de que, debido al desarrollo de su sistema de impuestos, está pasando el día de las grandes fortunas particulares, si es que no ha pasado ya. Y eso que, bastando con £ 20.000 antes de la guerra para dotar un instituto de éstos, se precisa ahora por lo menos de £ 60.000.

Parece, pues, que no hay modo de renegar del hecho de que ha amanecido ya el día de la subvención del estado; y puede considerarse como otro beneficio indirecto nacido de la guerra —sigo refiriéndome a Inglaterra— el que el estado así lo haya reconocido. Antes de la guerra la subvención total del estado, para dividirla entre las dieciséis universidades, era de unos £ 2.000.000 anuales. En 1945 fue aumentada esta cantidad para £ 6.000.000, como medida interina; y en febrero de este año de 1946 se dio por convencido el gobierno de que ni con estas cantidades bastaba, proponiendo una subvención anual, no ya de £ 6.000.000, sino de £ 9.500.000. Teniéndose en

cuenta que hace cien años la contribución total del gobierno británico para todos los fines de la instrucción pública era de £ 30.000, no cabe duda de que estamos en presencia aquí de una revolución de las más hondas de nuestros días. Cabe añadir que el estado, al hacer estas subvenciones, no impone condiciones ni ha querido modificar en nada el carácter tradicional, autónomo, de las universidades.

Son las universidades quienes, al aceptarlas, se imponen condiciones a sí mismas. Y es que este dinero no es dinero del gobierno, es del público, dinero votado por los representantes en el parlamento de millones de hombres del pueblo cuyos hijos e hijas no han de entrar nunca en una universidad. Y esto constituye nada menos que un nuevo contrato social. La nación se compromete a costear pesadamente a las universidades en la creencia de que, lejos de representar éstas un lujo, un refugio abrigado de elementos privilegiados, son de vital importancia para el bienestar y prosperidad de la nación entera. Y las universidades por su parte, ¿a qué se comprometen ellas? El historiador inglés Froude ha dejado una descripción de la vida monástica medieval en que la pinta como "algo muy parecido a la de la universidad moderna, en donde el lenguaje arcaico de los monjes y su fingido desprecio por todo lo mundanal consiguen coexistir de algún modo con tantos goces materiales cuantos puede asimilar la naturaleza humana". Bien, las universidades de hoy, a base de su nuevo contrato con la sociedad, se han encargado por lo menos de desmentir esta ficción. Nunca podrán identificarse totalmente con la lucha incansable del mundo comercial e industrial de hoy. No es su función. Pero no menos han de traicionar su verdadera función si se pierden en la persecución de lo irreal. Su mundo es el mundo éste en que vivimos, su tarea es el interpretarlo a éste en toda su diversidad, él establecer valores relativos y el capacitar al estudiante —y a través de él a la sociedad entera— para vivir esta vida en su sentido más completo, dando y recibiendo el máximo de que es capaz. En cuanto a esos "goces materiales" de que habla Froude, el profesor universitario de hoy es rico en cuanto a libertad, rico en cuanto a tiempo para sus investigaciones intelectuales, rico en la compañía de una juventud ávida del saber; y siendo éstos sus criterios para definir el placer, entonces sí tiene a su disposición tanto placer cuando pueda desear. Pero lo que son los goces materiales, a ellos hace tiempo ya que se volvió de espaldas. Y es que el catedrático de verdad se ha dedicado a la vida académica por muy otras razones.

Tratemos de definir lo que él conceptúa ser su deber para con

la sociedad, pensando primero en el joven que, a los dieciocho años más o menos, y consciente de hallarse en los umbrales de la grande aventura que es la vida, se dirige a la universidad en busca de orientación. Es verdad que a ésta no le ha de pedir tal vez sino la llave para una buena carrera profesional. Quiere ser médico, ingeniero, abogado, contabilista, y los conocimientos que precisa no se encuentran sino allí. Pero el buen catedrático siempre sabrá dar el debido descuento a estas miras demasiado específicas. Reconoce él que la sociedad le ha confiado la formación de hombres aptos para muchas profesiones especializadas y sumamente importantes. Pero él, para empezar, preferiría anticipar un poco aquel punto final y decir más bien que la sociedad le ha confiado la preparación de hombres como-hombres. Las complejidades de la vida moderna, con la consiguiente demanda de las varias profesiones por un grado cada vez más alto de especialización, han amenazado con equiparar a las más facultades de la universidad moderna con meros centros vocacionalistas. La Facultad de Medicina produce médicos, de Derecho abogados, de Ingeniería ingenieros. Hasta la Facultad de Teología —la teología, durante tantos siglos tenida por reina de las ciencias— apenas sí sirve hoy más que para suministrar eclesiásticos a la Iglesia. Sólo la Facultad de Filosofía y Letras puede todavía rechazar, hasta cierto punto, este estigma de lo vocacional para seguir proclamando la pureza intelectual, incontaminada por preocupaciones materialistas, de sus disciplinas. Y ya que la licencia en Filosofía y Letras ha venido no sólo a ser reconocida sino a imponerse en muchas partes como la entrada oficial para la enseñanza, también esta Facultad empieza a peligrar. De hecho, se ha vuelto cada vez más difícil encontrar al estudiante que empiece la carrera universitaria —como yo la empecé tantos años ha— con la mente completamente abierta y libre y con la mira puesta no en ganarse la vida sino en formarse un concepto de lo que es la vida y en explorar toda la riqueza intelectual que ésta puede brindarle. Pero poco se medra lamentando que el pasado ya sea pasado. Es con el presente y el futuro que nos las habemos; y dado que la urgencia competitiva de la vida moderna ha dado al traste con el concepto más despreocupado de lo que era el estudio en tiempos de antaño, nuestro problema consiste en aprovechar hasta donde podamos las oportunidades que todavía nos quedan. Y en efecto son varias las posibilidades migrativas.

Yo quisiera sugerir desde luego que el valor de cualquier disciplina estriba sólo en parte en ella misma. En parte no despreciable.

estriba también en el modo de enseñarla. El transmitir conocimientos será siempre una finalidad —para muchos es la primera— de toda enseñanza; pero esto en fin de cuentas quizá sea lo de menos. Hay otros aspectos de la educación que importan mucho más: el dón de análisis crítico, la auto-expresión, el aprecio estético, la independencia de juicio, la integridad espiritual; y con tal que el profesor se interese debidamente por éstos, entonces, siendo la que fuera su disciplina, sabrá supeditarla, mediante una hábil elección de temas y de criterios, a la verdadera finalidad de toda educación, a saber la formación del hombre completo. Concédase esto, y caen al suelo muchas polémicas de las más venerandas, como v. g., aquella tan debatida tocante a la relativa superioridad de las lenguas clásicas y modernas.

Y recordemos en segundo lugar el concepto básico, histórico, de lo que es una universidad. Para la Edad Media la palabra “universitas” significaba una sociedad o corporación de cualquier especie, pero cuyos miembros tenían todos ciertos objetivos en común. Empleada en el sentido particular de “studium generale”, es sencillamente, para citar a Alfonso el Sabio en sus *Siete Partidas*, un “ayuntamiento de maestros et de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes”. Ahora bien, esta idea de una comunidad, de un “ayuntamiento” dedicado a un fin, es, creo yo, fundamental. Se puede tener una Facultad de Filosofía y Letras aquí, y otra de Medicina allí, y otras de Ciencias y Teología e Ingeniería y Derecho esparcidas acá y acullá, y —por eminentes que sean sus profesores, y por admirable que sea su enseñanza— es difícil que el conjunto llegue a constituir una universidad, porque no están compartiendo la vida en común de una sociedad. Y se puede igualmente tener a las varias facultades congregadas juntas, pero si no existen entre ellas estrechas relaciones intelectuales, si el estudiante pasa toda su vida académica dentro de su propia facultad, tampoco se dará allí una universidad en el sentido verdadero de la palabra. En el mundo intelectual son muchas las moradas, y no puede decirse verdaderamente educado aquel cuyo horizonte mental no abarque por lo menos una curiosidad inteligente acerca de las que no son propiamente suyas. Es aquí donde radican las tremendas ventajas que ofrece la universidad residencial del tipo de Oxford o Cambridge, en que los alumnos viven en estrecho contacto unos con otros y todos con sus profesores, aun siendo sus respectivas disciplinas de las más variadas, con el consiguiente enriquecimiento del mundo intelectual de cada cual. Y son pocos los problemas que para las univer-

sidades británicas no residenciales revisten hoy mayor importancia que no esta necesidad de volver al concepto de la universidad como una sociedad que no sólo estudia sino que vive en común.

Entretanto, al estudiante se le puede estimular —hasta quizás sería de desear que se le obligara— a estudiar disciplinas adicionales y no relacionadas para nada con las que integran sus programas profesionales. Así en mi Universidad el estudiante de Teología no puede licenciarse sino después de haberse licenciado en Filosofía y Letras, el estudiante de ciencias o de medicina muchas veces se está preparando al mismo tiempo en Filosofía y Letras; al paso que en esta última Facultad, el alumno, no obstante gozar de amplísima libertad de elección, debe incluir entre sus asignaturas una ciencia, un idioma extranjero, y o bien lógica o filosofía moral. Es decir que, viviendo en una edad científica, debe saber algo de la estructura científica del mundo y del pensamiento científico. Debe saber algo, en esta época de creciente internacionalismo, de otra nación que no la suya, pues por lengua extranjera entendemos el estudio de toda la vida cultural del país de que se trata, lengua, literatura, historia e instituciones sociales. Y debe saber algo también de la naturaleza de la mente humana, de los procedimientos del pensamiento y de sus problemas. Con esta base nos parece que el alumno tendrá por lo menos cimientos sólidos y amplios sobre los que podrá luégo edificar.

Pero dejemos al estudiante por el momento para enfocar la cuestión más amplia de la responsabilidad de las universidades para con la sociedad en general. En un aspecto de la misma ya hemos tocado. La Universidad tiene que suplir la demanda nacional por peritos especializados en todos los ramos de la vida moderna; y a medida que crece esta demanda, así también debe amplificar sus recursos en este campo. Pero está claro que nunca le será lícito atraer más alumnos mediante el expediente de rebajar sus niveles intelectuales de ingreso. Esto no pasará, desde luego, de ser un lugar común, pero merece la mención aquí como demostración del hecho de que apenas hay problema universitario que no esté relacionado íntimamente con todo el sistema de instrucción pública de la nación. El pedirsenos más hombres y mujeres de formación universitaria, significa el pedirles en primer lugar a las escuelas secundarias que nos manden más alumnos capacitados para entrar en la universidad. La responsabilidad de ésta debe ser aquí el alentar a las escuelas secundarias en este sentido, y el asegurar luégo, hasta donde estuviere en su poder, que a ningún joven así capacitado y deseoso de acudir a sus aulas le sea negada la oportunidad.

Pero no ha de bastar con que la universidad se limite sencillamente a satisfacer las exigencias en esta esfera. Es de su incumbencia el anticiparse a dichas exigencias y hasta, en cierto sentido, el crearlas. Si hemos de tener una sociedad armoniosa y estable, no podemos dejar que se desarrolle al azar. Y es función adscrita particularmente a las universidades, aún más que a las reparticiones gubernamentales el actuar aún con la debida previsión, manteniendo, por ejemplo, un equilibrio bien pensado entre la formación de médicos para la medicina preventiva y para la curativa, entre las ciencias puras y las aplicadas, entre abogados, digamos, y especialistas en lenguas extranjeras. Algo de esto ya se está haciendo en las universidades británicas con el llamado "Adviser of Studies" (Consejero de Estudios), en cuyas indicaciones el alumno se basa a menudo para decidir los cursos que ha de seguir, y con la "University Appointments Board" (Junta Universitaria para Colocación de Licenciados), que se encarga de buscarle al licenciado la salida más conforme con sus conocimientos y aptitudes, manteniendo para este fin extensos y valiosísimos contactos con el mundo de la industria, la administración y las profesiones. Y la universidad debe hasta ir más allá, cargando con el deber, por delicado que sea, de controlar en cierto sentido las exigencias de la sociedad. Pues nunca podrá supeditarse a dichas exigencias hasta el punto de hacer peligrar sus más hondas funciones e ideales. Pongamos, por ejemplo, que el público dé en vociferar al unísono reclamando de la Universidad que dedique todos sus recursos científicos a la producción de armas destructivas, está claro que la aquiescencia ciega de parte de la universidad equivaldría a traicionar su conciencia. O bien imaginemos a un gobierno que, ostentando su autoridad como supremo representante de la nación, le plantease a la universidad demandas inspiradas por fines políticos, encaminadas, a una política de tiranía en casa o de agresión exterior. Aquí igualmente se mostraría indigna de la confianza en ella depositada la universidad que se prestase a tales designios.

Pero aún dejando a un lado tales aberraciones, existe siempre la tentación para las universidades de creer que, con corresponder a la sociedad mediante la formación en número adecuado de especialistas para las varias profesiones, que ya está: es decir, el creer que su verdadera o hasta su única función se limite a la enseñanza. Y esto claro sería equivocarse del todo. Recordemos un momento aquella definición dada por Alfonso el Sabio: "Ayuntamiento de maestros et de escolares con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes".

Aquí no campea sugestión alguna de que los maestros sólo han de enseñar y los alumnos de aprender. Así maestros como alumnos se han reunido para aprender, para estudiar. Naturalmente que los alumnos han de aprender de los maestros. Pero los maestros estaban allí desde el principio, antes de que hubiese alumnos. Y aquellos ¿de quiénes habían ellos de aprender? Buscaban ellos la sabiduría en sí misma, y dicha búsqueda, lo que ahora llamamos investigación, era la razón de que allí estuvieran. Mucho habrá cambiado en el mundo de entonces para acá, pero la función básica de la universidad sigue siendo la investigación, el esfuerzo constante de extender las fronteras del conocimiento humano. Aquella universidad es la mejor en donde es más activo el espíritu de investigación. Y es que el pedagogo es algo totalmente distinto del profesor universitario. Ambos necesitan de muchos conocimientos, pero el profesor universitario necesita por encima del espíritu inquieto del investigador. Así dotado, es frecuente que sea, de los dos, el que mejor enseña, pero juzgará de los resultados de su enseñanza en la medida en que haya logrado comunicar a sus alumnos no sólo los conocimientos sino este mismo prurito de ir extendiendo siempre las fronteras intelectuales. De fracasar en esto, condena a su propia profesión a la esterilidad, pues la universidad tiene que preparar a sus propios especialistas de mañana, no menos que a los de otras profesiones. Pero aún esto será de importancia secundaria en comparación con la responsabilidad que pesa sobre él de contribuir, él personalmente, con sus propias pesquisas, al adelantamiento del saber humano.

Y si se pregunta ahora qué especie de conocimientos, cuáles los ramos del saber que la universidad debe querer adelantar, la respuesta no puede ser sino todos. Sobre la base de la utilidad inmediata, claro que cualquiera puede establecer una como jerarquía entre las disciplinas, y es notoria la impaciencia de la sociedad moderna frente a aquellas que no arrojan dividendos materiales, sobre todo cuando se ve llamada a subvencionarlas. Así la medicina puede ser tenida por más útil que la astronomía, o el estudio del inglés, digamos, que no el del vascuence. Pero este criterio resulta sumamente defectuoso para el investigador. Los descubrimientos hechos por un Copérnico en sus estudios de las estrellas hubieron de efectuar una revolución de las más trascendentales en toda la historia del pensamiento humano; y para el estudioso de la lingüística —ciencia de la más alta importancia— tiene el vascuence la grandeza de todo lo que es único en su especie, por pocos que sean los que lo hablen. No pocas veces el valor

de los descubrimientos sólo resulta después de transcurrido mucho tiempo desde que fueron efectuados y las más eximias conquistas del hombre sobre la naturaleza han originado menos en el deseo de llegar a cierto resultado que en el deseo sencillamente de saber. Así que no hay campo del conocimiento humano que no sea al propósito para el investigador, y no es menos indicado que haya en la universidad cátedras de paleografía, de latín vulgar o de filosofía oriental que no las haya de medicina o de matemáticas. El que no haya alumnos para estas disciplinas no hace el caso. Puede con toda propiedad haber universidad sin alumnos, tal como es el célebre Colegio de Todas las Almas, en Oxford. Son campos todos del saber, partes integrantes de la historia de la humanidad, y únicamente en la universidad es posible correlacionar los avances realizados en tales estudios con los obtenidos en otras esferas para que así hagan su debida contribución al cuadro inmenso que ha de abrazar un día todo cuanto el hombre es, ha sido, y puede llegar a ser.

Haciendo tales observaciones, nos vemos llevados en seguida a sentar el criterio de que la investigación universitaria debe ser del todo independiente y objetiva. Nuestra meta es a la verdad, y buscamos el saber porque nos ha de encaminar para la verdad y porque es de desear en sí mismo. Podemos hablar del conocimiento del bien y del mal, pero el conocimiento en sí no es ni bueno ni malo, es neutro. Y sin embargo, no tenemos sino demasiado sabido que la persecución desinteresada del saber puede suscitar cuestiones morales de las más graves. En el siglo XVI la persecución de la verdad religiosa destruyó la unidad del mundo cristiano y llevó a la monstruosidad de guerras civiles libradas en el nombre del Dios de la paz. ¿Fue acertado, o fue un error, el buscar la verdad hasta tal punto y a tal precio? En el siglo XX la investigación científica ha puesto en manos del hombre la bomba atómica, capaz de hacer escombros una ciudad en un abrir y cerrar de ojos, capaz hasta —bien podemos creerlo— de borrar este mundo y su civilización como si nunca existiera. ¿Fue acertado, o fue un error el buscar los conocimientos científicos hasta tal punto y a tal precio?

Esta pregunta —y es pregunta ineludible— la contestaría yo diciendo, sin sombra de duda, que sí, que fue acertado, y diría más, que el ejemplo que he aducido del siglo XVI puede echar bastante luz sobre el otro ejemplo que ahora, en este siglo XX, nos confronta tan urgentemente. El ansia de verdad religiosa que caracteriza al siglo XVI no sólo amplió la esfera de los conocimientos religiosos, sino

que contribuyó vitalmente para nuestro conocimiento de la naturaleza humana. Esas guerras religiosas nos revelaron de cuánta intolerancia era capaz el hombre para con su prójimo; y eso que toda la intolerancia, sobra decirlo, no estaba de sólo un lado. Nos dieron la triste prueba de que la naturaleza moral del hombre no siempre corre parejas con su desarrollo intelectual. Ahora bien, no cabe duda de que fue ésta una lección de inestimable valor, y repasando la historia de los últimos siglos me parece que todos estaremos conformes en que, a pesar de lo terriblemente cara que se pagó, nos hubiera resultado barata con tal que la humanidad se hubiera mostrado capaz de asimilárla. La tolerancia en asuntos de religión ya por fin la hemos aprendido, si bien acaba de darnos la guerra un aviso siniestro de que una lección se puede aprender para luego volver a olvidarse. Pero nos ha hecho falta la bomba atómica para reforzar la otra lección, subrayada esta vez con el aviso solemne de que esta vez o conseguimos aprenderla o perecemos: la lección de que la humanidad tiende a creerse más civilizada de lo que de hecho está.

El reconocer que nuestros conocimientos son capaces de obrar nuestra propia destrucción no deja de ser, en sí mismo, conocimiento. Es más, es el conocimiento más trascendental de nuestra generación. Así como pasó con las guerras de religión, sólo con el transcurrir del tiempo, con la perspectiva histórica, podrá saberse si la liberación de la energía atómica, como la anterior liberación de la energía religiosa, ha de redundar o no en pro de nuevas conquistas pacíficas para la humanidad. Pero la contestación que se ha de dar mañana a esta pregunta dependerá en gran parte del modo en que nosotros atacamos el problema hoy. Y por lo mismo que fue en las universidades donde se descubrieron los secretos de la energía atómica, así es incumbencia particular de las universidades el atacarlo. Los avances intelectuales del hombre se han adelantado de mucho a su desarrollo moral. La universidad, confrontada con esta dura realidad, no puede decir: "Nuestra preocupación no es sino con el progreso intelectual; este problema no tiene nada que ver con nosotros". Tampoco, por muchas y potentes razones, puede decir: "De aquí en adelante sólo buscaremos los adelantos intelectuales en la medida en que el desarrollo moral del hombre le haga merecedor de gozarlos". Es imperativo de la misma naturaleza de la universidad el seguir incansablemente el saber. Esto ya lo hemos querido demostrar. Pero hemos querido demostrar también que no es menos un imperativo de su naturaleza el que se dedique a formar no sólo el perito sino al hombre

completo, esforzándose en llevar al estudiante no sólo al saber sino a la sabiduría. Y con esto nos vemos metidos de lleno en el reino de la moral.

Ahora bien, en cuanto la universidad ya enseña materias tales como la filosofía y la teología, la preocupación con la moral no le es desconocida; pero será obvio que su deber para con la sociedad no pueda parar aquí. La universidad también enseña lógica, pero la sociedad tiene derecho a que todo aquel que haya recibido una educación universitaria, y no solamente aquellos pocos que hayan cursado la lógica formal, dé pruebas de su capacidad para pensar clara y lógicamente. Y me parece a mí que en este mundo de post-guerra, que tiene todavía tan frescas en su memoria las experiencias calamitosas de los últimos siete años, la universidad no puede menos de cargar con un nuevo y supremo deber social, el deber de revestir a toda su enseñanza, en todas las disciplinas, de un sentido profundo de valores morales. Los valores sociales de hoy y de mañana son esencialmente valores morales. ¿De qué le ha de servir a la sociedad el dotarla de todos los hombres de ciencia, de todos los técnicos, que pueda anhelar, si en un mundo lacerado por el miedo y la agresión, las actividades de éstos son aprovechadas sólo para la destrucción? Yo, por mi parte, no puedo fiar mucho en la posibilidad de una nueva reconversión religiosa de la humanidad. En la reconversión moral, en la posibilidad de reavivar entre los hombres la conciencia del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, aun cuando no fuera más que en el nivel poco respetable del interés propio, del instinto de la auto-conservación, en esta posibilidad de ser el foco esencial e imprescindible de empresa tan urgentísima. En nuestras aulas tenemos ante nosotros la juventud más intelectualmente prometedora de su generación, en la edad en que más se dejan impresionar, edad en que no es dable encender en ellos no tan sólo el entusiasmo por el saber, sino el espíritu de vocación por los más altos ideales; y si dejamos que abandonen nuestras aulas insensibles a todo idealismo, desinteresados o incapaces de distinguir entre lo noble y lo mezquino, o lo que es quizá más difícil, entre lo noble y lo menos noble, entonces habremos fracasado en lo quintaescencial de nuestro deber para con el mundo mejor que todos estamos tratando de levantar sobre las ruinas del de ayer, y no habrá primores del intelecto, por encumbrados que sean, que puedan mitigar el fracaso.

Hasta ahora hemos venido hablando del deber de la Universidad frente a la sociedad, y nuestras últimas palabras tendrán que versar

naturalmente sobre la definición de ésta, de la comunidad con la que ha contraído sus obligaciones. El saber en sí mismo, repitámoslo una vez más, no reconoce fronteras, ni en el espacio ni en el tiempo; y una de las ventajas que nos ofrece la vida dedicada al saber, es precisamente ésta, que nos levanta por encima de los límites mezquinos de la nacionalidad para revelarnos la visión de una humanidad unitaria. Todo demócrata sabe que ningún régimen político basado en el sistema de partidos puede funcionar con éxito a menos que las creencias en que coinciden éstos lleguen más hondo y sean de más peso que no aquellas en que discrepan. Y el que busca el saber no tarda en descubrir, a medida que cruza sucesivas fronteras hechas por el hombre, que los factores que dividen unas de otras a las razas humanas son menos, y de menor importancia, que no aquellos otros que las unen. Con el estudio se llega por la fuerza a ser internacionalista. Y hasta el no estudioso sabe que no existe hoy día pueblo alguno cuya prosperidad y grandeza estén a prueba de acontecimientos y de influencias venidas desde afuera y que sólo pueden ser aprovechadas para bien de todos a base de la mutua comprensión y de la buena voluntad internacional. Y aun cuando las universidades de medio mundo hubieran de aceptar el desafío moral que acabamos de apuntar, sus esfuerzos surtirían poco efecto, y hasta pudieran resultar contraproducentes, si las universidades de la otra mitad diesen en renegar de las finalidades morales, teniéndolas por debilidad y explotando la ocasión para dedicarse ellas al perfeccionamiento de las ciencias de la agresión y de la destrucción. "Mi parroquia", dijo cierta vez un célebre reformista inglés "es el mundo". La parroquia de la universidad, su comunidad, es igualmente el mundo entero, y yo sé de poquísimos campos más fértiles en oportunidades para éstos años de reconstrucción que no aquellos que nos ofrece el multiplicar contactos y colaboraciones de toda clase entre las universidades de todas las naciones.